



## FORTALEZA

### I

«Mira, me decía hace pocas tardes un amigo señalándome desde una ventana de su casa, que da á una plazoleta, un terradillo del cuarto piso de la casa de enfrente: ¿ves aquel hombre?» Miré y vi un hombre sentado, con un brazo en la baranda, pero no pude distinguir su fisonomía. «Pues ese hombre, repuso el amigo, me es tan sumamente antipático que muchas veces me dan ganas de mudarme de casa sólo por tener la satisfacción de no verlo más. Sin duda me preguntarás por qué, y yo te diré que jamás le he hablado, que nunca he oído su voz, que no sé quién es, ni en qué se ocupa, ni qué cara tiene, porque no me alcanza la vista ni con el anteojo. Ese hombre

me es antipático porque todas las tardes á esta hora infaliblemente acaba de comer y va á sentarse en ese sitio; y todas las tardes, con el mismo movimiento automático, se cruza de piernas y extiende un brazo en la baranda. No se ha dado aún el caso de que mueva la pierna antes que el brazo. ¡Dios le libre de ello! Primero el brazo y luego la pierna. ¿No te parece que sólo por esto se hace enojoso? Pero esto es lo de menos. Todas las tardes, una mujer que parece su esposa, antes que él se levante de la mesa, sale á poner la silla en su sitio, le lleva la pipa, se la pone en la mano y se la enciende, y todas las tardes él se deja servir, tieso é hinchado como un sultán, sin hacer el menor movimiento para recibirla y sin dar siquiera á conocer que echa de ver que se le sirve. Luego... á cada momento necesita algo, y la mujer se levanta, sale y vuelve con una bebida ó cualquier otra cosa, y él la coge y se la traga y se limpia los bigotes con un placer de sibarita egoísta, sin tomarse siquiera el trabajo de devolver el vaso. Luego... vienen los amigos á visitarlo, y él no hace mención de levantarse, ó cuando se levanta, da alguna vuelta por el terradillo, listo y suelto como nosotros. Jamás mira abajo, ni arriba ni alrededor; no saluda; en una palabra, parece puesto ahí para que el mundo gire en torno suyo; parece un ídolo; ha nacido para hacerse mirar y servir. ¡Te ríes! Pues para mí son cosas que obligan á odiar á un hombre; yo soy así; á otro le tienen sin cuidado, pero á mí me revientan. Creo conocer á ese hombre como te conozco á ti. ¿Quieres saber quién es? Yo no lo sé, pero te lo digo como si lo supiese. Ese individuo — y al decir esto señalaba á aquel hombre, mirándolo con fijeza como para sacarle de los ojos el secreto — es un tendero camastrón, que empieza por juntar dinero céntimo á céntimo y desde ahora acaricia la ambición de enriquecerse, y se ha casado con esa

mujer para ahorrarse la paga de un dependiente en la tienda y de una criada en la casa, y la trata un poco peor que á una criada y no mucho mejor que á un dependiente; es tacaño, excepto para satisfacer su glotonería; podría vivir en el tercer piso y vive en el cuarto por economía, aunque no tiene hijos ni desea tenerlos; desprecia todo lo que no es su tienda; trata de ladrones á todos los ministros, de asnos á todos los que estudian y de miserables á todos los que tienen menos dinero que él... ¡Te ríes! ¿No sabes que la antipatía es adivina? Yo me daría por muy satisfecho si se me presentase la ocasión de hacerle una grosería; me es odioso; seré un visionario, un malicioso, lo que quieras: pero cuando el corazón me dice: «Ese hombre es un tunante,» se me ha atravesado y necesito decirlo y desahogarme.»

Es preciso conocer á este joven de veinte años, bueno, vivo é irascible, y estar acostumbrado á sus irreflexivos arrebatos de furia contra los fantasmas que él mismo se crea, para poder figurarse que soltó sin respirar ni reír aquella sarta de palabras vanas. Yo miraba en tanto al supuesto tendero, y á la mujer sentada delante de él en una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas en actitud contemplativa; y como tengo mejor vista que mi amigo, me pareció discernir que el hombre tendría unos cuarenta años y la mujer pocos más, aunque no me era posible divisar bien las facciones del uno ni de la otra. Cogí el antejo y lo asesté á la mujer. Su rostro era verdaderamente el de una mujer resignada á una vida de sacrificio; tenía el cabello canoso, la frente arrugada, los ojos grandes y melancólicos, un no sé qué de grave y de recogido que revelaba una antigua costumbre de sufrir. «Parece que el amigo ha adivinado,» dije para mí, y dirigí el antejo al hombre, que en este momento se volvió y me presentó la cara

de lleno. «¡Qué veo!, exclamé. ¿Es posible?» Alargué más el anteojo y volví á mirar. «¡Sí, es él, no cabe duda! Cien veces he visto esa cara en los retratos.» Y entonces acudió á mi memoria un suceso hacía tiempo olvidado, y casi en el mismo instante el principio y el fin del relato que hallará el lector más adelante. El amigo me preguntó: «¿Qué tal? ¿Tiene ó no cara de camastrón, de descreído y de orgulloso?» Sus palabras no me hicieron ya sonreír como antes; le contesté que, á decir verdad, no era un hombre simpático; pero que me parecía haberle visto otras veces; que quería satisfacer la curiosidad de saber quién era y que iría á preguntárselo á él. En efecto, al otro día fuí á hacerle una visita con el pretexto de averiguar claramente el hecho que tenía relación con él, pues, como le dije, me proponía escribirlo. Acostumbrado á recibir visitas de esta naturaleza, me acogió cortésmente, me lo contó todo con gran indiferencia, como si se refiriese á otro y no á él, me habló de la mujer (no esposa) que con él vivía y de las costumbres de su vida. «Vivimos juntos hace diez años, dijo al terminar; yo tengo paciencia, ella también, y lo pasamos.. como Dios quiere. Mis dos principales consuelos son el aprecio de la gente y la adhesión de esa desgraciada.» Fuíme á mi casa, pasé escribiendo toda la noche y la mañana siguiente, y al otro día volví á casa de mi amigo con el manuscrito. Era la hora en que el «tendero» tomaba el fresco en el terrado. Después de hablar de cosas indiferentes, recayó la conversación sobre la antipatía. «Amigo mío, le dije, te has equivocado de medio á medio. — Es imposible, me respondió con su vivacidad habitual. — Dejémonos de bromas, repliqué, y lee estas cuartillas: contienen un relato histórico que he escrito estos días; el personaje principal es tu antipático «tendero;» te doy mi palabra de que, aparte los necesarios artificios de la

exposición, no he alterado una sílaba de la verdad.» Mi amigo tomó las cuartillas y se puso á leer. Al poco rato alzó los ojos, miró al hombre del terrado, luego á mí, y siguió leyendo. Cuanto más avanzaba en la lectura, más á menudo nos miraba á mí y al hombre, y se ponía cada vez más serio. Al llegar á las últimas líneas, profirió un grito de maravilla, se levantó, me cogió una mano y dijo con acento conmovido: «¿Me das tu palabra de honor de que todo esto es verdad? — Te la doy. — ¿Y de que es él? — También.» Sin decir más, tomó el sombrero y salió presuroso. Me asomé á la ventana y le vi atravesar la plazuela y meterse en la puerta de la casa de enfrente. A los pocos momentos observé que el hombre del terradillo había desaparecido.

De allí á un rato volvió á aparecer, y un instante después mi amigo atravesaba de nuevo la plazuela. «Te conozco, dije para mí corriendo á abrir la puerta; sé lo que has ido á hacer.» El amigo se presentó en el umbral. «Tú, le dije, has ido á besar la frente á ese hombre.» Me miró, sonrió, y echándome los brazos al cuello me contestó, lleno de júbilo: «No, porque no era digno de ello; he ido á besarle las manos.»

## II

Corría el verano de 1861, época en que circulaba por Europa la fama de las fechorías de los bandoleros italianos; días memorables en que Pietropaulo llevaba en el bolsillo la barba de un «liberal» con su perilla napoleónica; en que en Montemiletto se sepultaban vivos, bajo un montón de cadáveres, los que habían gritado: «¡Viva Italia!» en que en Viesti se comían las carnes de los campesinos que se negaban á cumplir las órdenes de sus expoliadores; cuando el coronel Negri, cerca de